

“El Tamarisco”

{el libro de ayer}

MIGUEL JANCICH

(2018)

El ayer es una puerta abierta para los que partieron, escribió Iggy Pop en “The departed”. Es una imagen interesante, muy lograda y certera. Si algún pensador de nombre raro o algún divulgador científico dijo algo parecido no me importa, en lo que a mí respecta ese concepto llegó a través del padre del punk.

Esa fue la chispa que me inspiró a escribir esto, algo que venía pensando y no sabía cómo encarar. Y así será entonces, cuestión de hacer memoria y hablar de lo que ha pasado por esa puerta. No todo lo que atraviesa la puerta del ayer desaparece y eso es lo realmente jugoso amigos, lo que permanece con nosotros ya sea en forma de aire o como parte de nuestra realidad cotidiana. Un desfile desordenado de parientes, mascotas, juguetes, lugares, comidas o ¡hasta árboles! Y no es cuestión de hacer algo tipo “ah...cuando yo era un niño...bla, bla...” porque sería un zapatazo en

la frente, la idea es recordar pero no solamente cosas del año del pedo sino cosas que pasaron hace poco y también son especiales. Casi todo lo que nos pasa en la vida es siempre gracias a alguien o a algo. Los amigos no aparecen porque son todos muy especiales y sería injusto olvidarse de alguno, pero de alguna forma están presentes, seguramente.

Respetables lectores, les presento:

“El tamarisco”, el libro de ayer.

NAVIDAD EN GREGORES

Es muy común escuchar a la gente decir que la navidad no le importa, que es un día como cualquier otro, etc.

Pero cuando uno es chico eso es diferente, hay magia ahí, hay sueños y deseos. Las navidades que pasé en mi pueblo fueron todo lo mágicas que un chico puede pedir, con risas de familiares que en ese entonces no estaban peleados (o uno no se daba cuenta), música tocada ahí mismo en vivo, baile, comida rica y regalos. En ese tiempo en mi mundo sólo estábamos mi hermana Gaby y yo, jugando todo el día y el momento de abrir los regalos era lo mejor del universo.

Éramos una familia de trabajadores pero nunca nadie se quedaba sin su regalo:

pelotas de plástico, camioncitos, animalitos de goma, muñecas, juegos de cocina o de taller, ese tipo de cosas. No existían las tablets ni los celulares y de haber existido seguramente no los hubieran comprado. Algo que siempre recuerdo es un libro llamado "El cuervo Banjo" que me regalaron mis viejos y que fue lo primero que leí con entusiasmo, lo tenía debajo de la almohada y me ponía contento cuando se hacía de noche porque sabía que iba a poder leerlo.

Para esa noche nos vestían como para ir al Colón, peinados impecables, ropa limpia y casi siempre zapatos nuevos. Eso nunca fue buena idea porque mi mamá nos tenía listos a las 7 de la tarde y pretendía que estemos sentados sin ensuciarnos hasta la noche. Imposible.

Gregores es un pueblo muy chico pero en ese entonces era más bien un barrio. Todo el mundo se saludaba con cariño genuino, sin compromiso, solamente se alegraban de ver bien a un vecino, sin espiar que auto se compró o con quién sale la hija. Esos puteríos no existen en el mundo de los niños.

Había siempre un olor rico en el aire que no estaba todo el tiempo, parecía que era exclusivo para navidad: una mezcla del cajón de leña de mis abuelos con asado, confites, pan dulce, la panadería de mi abuela y ese aire fresco que aún hoy conservan los pueblitos perdidos. Aires de paz que el viento nos acerca si nos portamos bien para que cuando seamos grandes nos acordemos de quienes fuimos. Ese niño es el que nos va a salvar de hacer cagadas futuras.

EL ABUELO ARNOLDO

Mi abuelo materno fue todo un personaje en mi pueblo y en mi infancia. Un hombre bueno, buenísimo, de voz suave y alegre. Manos enormes y pelo rubio. Hinchá de San Lorenzo.

Le gustaba silbar bajito, sin estridencias. Cuando querías saber dónde andaba el abuelo sólo tenías que afinar el oído y encontrar el silbido en el aire. Ahí andaba, en el patio, en el galpón o a la orilla del cerco entre los tamariscos saludando a todo el mundo. Don León. Un capo. Según me contaron fue un tipo bravo de joven, un jefe justo pero muy severo. Yo jamás lo vi discutir ni enojarse con nadie. Salvo la vez que con mi hermana le tiramos un baldazo de agua sucia mientras limpiaba la pileta

en nuestra casa de paso del Rey. Pura maldad.

La máxima pasión de mi abuelo era dormir la siesta en su camioneta, una Ford del 73 celeste y marfil. Se dormía con los pies saliendo por la ventana y en esos momentos de la tarde Gregorense ¡nadie hacía ruido! Por puro respeto. Yo a veces lo observaba en su viaje siestero y me preguntaba dónde iría el abuelo un sus sueños, que lugares visitaría. Seguramente algún rincón en el campo, algún asado, quizá un corral lleno de ovejas... era de oficio hojalatero y hacía cosas maravillosas con esas máquinas llenas de rodillos de acero que yo tocaba cuando no me vigilaba. La mitad del pueblo tiene las canaletas del techo o las chimeneas con sombrerete hechas por mi abuelo.

Cuando sea viejo quisiera poder dormir esas siestas en mi Chevrolet 400.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

